

El pozo

Tom era un niño horrible, miserable, adoraba atormentar a perros y gatos, arrancarles las alas a las moscas, un ratón en la licuadora, una tortuga en el microondas, estirar hasta la muerte altos gusanos observar cómo se retorcían mientras los deja secando al sol. Yo sé lo que estás pensando, yo lo pienso también, esto no es nada divertido, no causa la mínima gracia, ya que los gusanos no son capaces de sentir dolor.

Su madre, que era tonta como ella sola, no advertía ni sus rarezas ni sus demostraciones de sadismo.

Un buen día, cuando Tom y su mamá regresaron a casa desde el cine, la sirvienta abrió de un portazo, presa de un ataque de nervios.

—¡señora ¡Ese niño espantoso lo volvió a hacer!, ¡atravesó una soga en los escalones del sótano, cuando bajé a limpiar me caí y casi me mato! —gritó.

— ¡No le creas! ¡No le creas! ¡Ella me odia! — Le dijo Tom con lágrimas en los ojos. El pobrecito nene comenzó a sollozar como si le hubieran roto su pequeño corazón.

Como es natural en las madres modernas, hizo lo que cualquiera haría en su lugar, despidió a la sirvienta. Cuando esta salía de la casa, Tom la alcanzó, el pequeño venía con una carta, se la entregó, ella; pensó en ese momento que sus lágrimas habían conmovido al pequeño niño, la sirvienta desdobra el papel y para su sorpresa encuentra un dibujo de ella sangrando sin cabeza, y un mensaje, corto pero directo: “adios perra” ella voltea y ve al niño sentado en la puerta de la casa con una sonrisa de oreja a oreja y despidiéndose de ella.